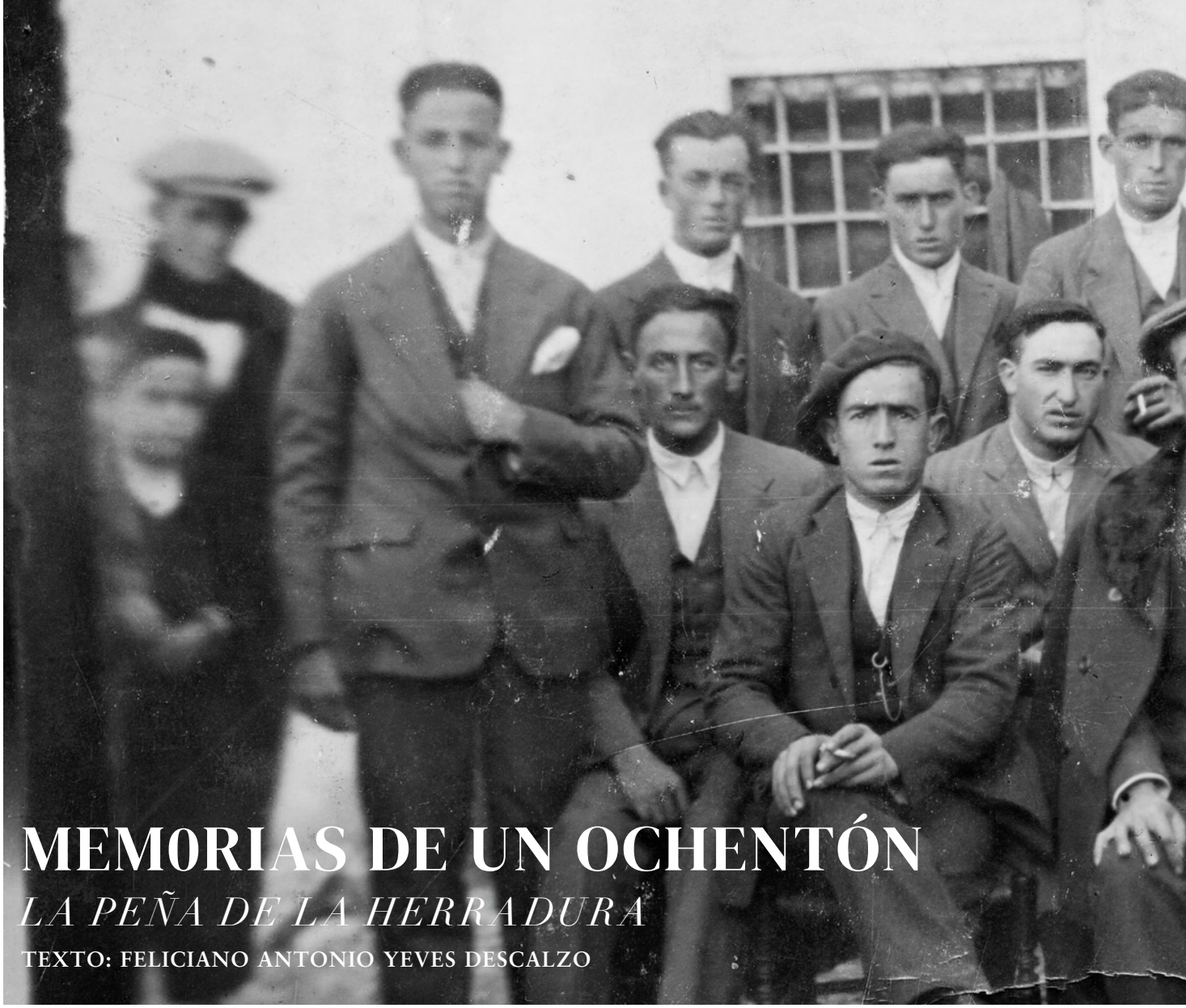

MEM0RIAS DE UN OCHENTÓN

LA PEÑA DE LA HERRADURA

TEXTO: FELICIANO ANTONIO YEVES DESCALZO

En nuestro pueblo, Venta del Moro, como en casi todos, siempre ha habido tertulias, «cuadrillas», «pandas o pandillas», conjuntos de mozos, generalmente, con afinidades o caracteres similares o acordes con su modo de ser; muchas veces agrupados, primero por «quintos de la misma quinta» y otras veces por vecindad próxima.

Pero las más de las veces por gustos, aficiones -aparte de los grupos teatrales aficionados, o de equipos deportivos- y temperamentos afines; dándose en llamar ya antes de mediados de siglo, y para lo sucesivo, «peñas». Y con ese nombre nació en nuestro pueblo la que se llamó «**La Peña de la Herradura**», y cuyo espejo fue, en principio, y por sus barrabasadas sin llegar a lo punitivo, otra agrupación de mozos, con varios años de separación, que se llamó «**La Cuadrilla del Duelo**».

Ya hemos dicho que la guerra civil de 1936-39, a su terminación, trajo, aparte las víctimas, miserias y calamidades, represalias y hasta hambrunas célebres, muchas ganas de vivir, muchos deseos de diversión, y, aunque coartados por las circunstancias especiales de la posguerra, se aprovechaba cualquier ocasión para darle «al mal tiempo, buena cara», y la juventud trataba por todos los medios de ser y demostrar lo que era, sin pensar en políticas ni ideales que, por otra parte, estaban prohibidos. Ello originó lo que hoy se llama «una gran movida», dentro de las limitaciones que entonces imperaban, pues es obvio pensar que entonces, la libertad…y el libertinaje de los tiempos actuales, no existían. Pero «se hacía lo que se podía», y muchas veces más de lo permitido, sin atender a más razones ni coacciones.

En la Peña de la Herradura, como se verá, tuvieron cabida, quienes lo quisieron, sin ninguna limitación, pues la concordancia de caracteres, haciendo caso omiso de edades pariguales, fue el único motivo de nuestro «ajuntamiento»; y digo nuestro, porque yo también formé parte de la famosa «Peña». Y se dio el caso de que sus componentes oscilaban entre la quinta del 35 y la del 44, es decir, mediaban entre algunos componentes hasta nueve años, lo que nunca fue obstáculo para pensar, actuar y divertirse al unísono y con una actividad que llenó la vida del pueblo una década o quizás más (de mediados de los años cuarenta, a mediados de los cincuenta).

Y para que no se me olvide, escribo relación nominal de sus componentes con nombre, apellidos y motes. Después diré de cada uno de ellos todo lo que recuerde o se me antoje sin desviarme de la verdad.

Esta relación, de mayor a menor edad, es la siguiente: **Manuel Pedrón García**, «*El Lobo*», de la quinta del 35. **Ricardo González Villena**, «*Pijín*» y «*Terre*», del 36. **Restituto Gómez Pérez**, «*El Bola*», del 36. **Lucio Moya García** «*Picolín*», del 36. **Antonio Haba Pérez** «*Mata*», del 37. **Gregorio Pedrón García** «*Gori*», del 38. **Luis Martínez Olmo** «*El Anciano*», del 40. **Vicente Gómez Sahuquillo** «*El Abuelo*» y «*El Rumiento*», del 40. **Feliciano (Antonio) Yeves Descalzo** «*Capillas*», del 41 (soy yo). **Julián Cervera Salinas** «*Salinas*», del 42. **Eugenio Martínez López** «*Marculeta*», del 42. **Rafael Lavarías Ramos** «*Lava…*», del 43. Y, de vez en cuando, algunos adheridos circunstanciales se sumaban al grupo fundacional, se incorporaban a la diversión o a la «juerguecilla», y hasta se hubo de pensar en nombrar socios representantes de la Peña, tal como ocurrió en Utiel, Alborea, Valencia, y algún otro lugar.

Las reuniones eran esporádicas, sin fecha fija, informales y sin asuntos previos a tratar. Las cosas venían como se suele decir «a salto de mata», al husmeo de dónde podría venir la broma y la diversión, acudiendo a la llamada de cualquiera de sus componentes quien decía tener algo «entre manos», y que generalmente era aceptado por todos, sin discusiones ni enjuagues, y siempre en amistad y defensa de todos y cada uno, aunque sin promover escándalos, pero con alguna proyección inevitable que deriva en lo jocoso y en algún caso «rozando el larguero» de la ley. Pero a pesar de la aparente anarquía sobre reuniones y actuaciones, se eligió un presidente, cuyo cargo siempre ostentó, sin discusión alguna, Ricardo González Villena, alías «Pijín», de familia, y «Terre» porque se lo adjudicamos nosotros. Y se nombró secretario; es decir, me nombraron. Y actué como tal en varias ocasiones, sin documentos escritos, pues con la palabra bastaba para tomar o no tomar decisiones, que solían ser por unanimidad. Y hasta tuvimos nuestro himno, con letra mía y música de una canción entonces en boga, que decía: «Éramos como dos remos/, de una misma embarcación/…» que transformé en «Éramos doce muchachos/ de una misma condición…» en la que la Peña de la Herradura se citaba tres

o cuatro veces en el estribillo. El nombre del conjunto lo puso Manuel Pedrón, el mayor en edad, que siempre ostentó como cargo vitalicio y respetando al efectivo, «Terre». Y el nombre venía a ser un tanto emblemático de lo que realmente de las «burradas» que algunas veces se nos ocurrían. Dicho todo esto pasaré a biografiar individualmente a los componentes de la entonces «liante», «enredadora» y bien titulada «Peña de la Herradura».

Manuel Pedrón García

El mayor de todos en edad…y en estatura. Hijo de Teodoro y de María. Su madre, ya viuda, tuvo el estanco del pueblo muchos años. Se le llamaba Manuel «el Lobo» ya mucho antes de fundar la Peña. Era inquieto, juerguista, bromista y seguidor de los quintos en sus rondas (era trombón acompañante de la música de quintos), quien les confeccionaba el «judas», quien les solía hacer la cena a base de cordero o cabrito frito. No era camorrista, pero era terrible en cuanto se trataba de defender a alguno de la «Peña». Formaba casi todos los años en el grupo «comparsa y parrandero» del Melguizo, la Aleja, mi hermana Clotilde, la Loreto la «Zequiela» y yo, a base de «hacer el oso» y de divertir al cotarro pascuero o carnavalero. Quería hacer con las manos malabarismos y magia, resultando al fin «la palmera con los cinco dátiles» (los dedos). Siempre se vanagloriaba de ser el fundador del conjunto, diciendo: «¡La Peña de la Herradura…,que un servidor la parió!».

Se casó con Angelina Peralta, de los «Gallina» y tuvo dos hijas. Era agricultor, pues su familia tenía alguna hacienda (recuerdo ir con él un día que tenía que ir a labrar unas viñas en la Casa Segura, y llevó para comer dos latas de sardinas y atún; pero al no llevar abridor, expeditivamente las abrió golpeándolas contra un peñón), pero ya casado, abrió un localillo para baile público y una fondilla que regentó bastantes años.

Se aprovechaba cualquier ocasión para darle «al mal tiempo, buena cara».

De sus hechos con «la Peña de la Herradura», a cuyos actos, juergas, excursiones y reuniones nunca faltó, podría relatar alguno; tal como cuando en la Casa Garrido, yendo de Pascua, se armó un rifirrafe con los de Jaraguas, y enfurecido Manuel, le atizó a un contrario un «bardascazo» con una rama de plátanos (ya sin plátanos), resultando que el «recibidor» era, ni más ni menos, su cuñado, que estaba casado con una hermana de la Angelina.

Y, por supuesto, había estado en la guerra civil del 36, en la caballería que sufrió la derrota del Alfambra, en Teruel. Era soldado de caballería porque el alzamiento o sublevación militar le cogió en Valencia, en el Cuartel de Caballería, de donde se escapó, y en donde murieron los hermanos Romero Herrero, capitanes, hijos del general son Juan Romero y de la dama venturreña doña Efigenia Herrero. Ya digo que Manuel era inquieto, desbordante, atrevido y simpático. Mucho más podría contar de él; aunque con lo dicho basta. Murió el pasado año, 1998.

Ricardo Gonzalez Villena

Presidente de la Peña de la Herradura, por elección, que resultó por unanimidad. Nos convenía a todos, por una razón fundamental: era de los mayores, pero además tenía un coche Ford, que nos vino muy bien en alguna ocasión, y con el que se realizaron algunas trastadas.

Era hijo de Vicente y Sara. Y su mote paterno era «Pijín», pero no sé quién le adjudicó «Terre», y con este último se quedó. Aún vive, y que sean muchos años, casado con Remedios Ochando Valiente, hija del tío Lucio el «Sordo» y de la tía Consuelo, y con hijas que han sido reinas de la Venta, y con nietos y nietas. Terre usaba el coche «forito» que hemos nombrado, diciendo que le pagábamos el viaje, cosa que casi nunca era verdad, aunque a decir verdad también, el coche se nos estropeaba casi siempre, y una de dos, había que sacarlo del atolladero o avería como Dios daba a entender a los chóferes y mecánicos de la Peña, o dejarlo abandonado en la carretera hasta otro día, so pena de tener que llevarlo a rastras hasta el pueblo.

Un día, que fuimos al baile de Jaraguas, al querer virar el coche para encararlo hacia el pueblo, se echó a una horma abajo que había entre dos calles. Y en el famoso viaje de recorrido que hicimos desde la Venta, por Casas de Eufemia, a Requena y a Utiel -donde tuve que decirle a la novia la única mentira que le eché durante el noviazgo- (le dije que éramos estudiantes e íbamos a formar a Requena una «tuna»), resultó que llevábamos al Cojo de Mata, y tras «desahogarse» en Utiel, nada más subir el Tollo, antes de Somero, allí se quedó el «forito» sin querer caminar. Así que, tuvimos que ir andando hasta el pueblo (unos 15 kms.,) llegando hacia las tres de la mañana. El coche se quedó allí con el Cojo haciendo «guardia».

Ricardo era y es muy buena persona. Cuando hablamos ahora, de vez en cuando, sobre aquellas trapisondas, no se olvida nunca de la serenata que les dimos a su mujer y a la mía, cuando de mocitas ambas, dormían o velaban, en casa de la Remedios durante unas Fiestas (creo que en 1943) en que ambos cortejábamos a nuestras futuras cónyuges, que eran y son familia aunque lejana.

Terre y Eugenio (éste ya fallecido) saben muy bien de las bromas que le gastábamos a Restituto «el Bola» cuando pretendía a la Esperanza la del «Giacero», diciéndole que no se creyera que tenía un contrincante que también quería a la Esperanza, y el «Bola», un poco triste, decía -«Ni me lo creo, ni me lo dejo de creer».

Como es lógico, y por su quinta, Ricardo también estuvo combatiendo en la malhadada guerra civil del 36, en la que un hermano suyo, Vicente, perdió la vida.

Como presidente de la Peña de la Herradura, Ricardo tuvo que actuar cuando alguien se quería hacer socio de la misma, como sucedió con Rafael Lavarías, quien tuvo que pagar una comida para todos en Gil Marzo. Y es que, la verdad, en cuestión de «perras» andábamos la mayoría muy alicaídos, y había que trampear «de lo lindo» para poder seguir la broma y la juerguecilla.